

Anima mundi

El marco de la mente de las culturas antiguas y tradicionales ha sido descrito por el antropólogo francés Levy-Bruhl como *participation mystique* (participación mística), un estado mental en el que el 'yo', la identidad individual, no tiene límites definidos, sino se fusiona con su entorno así que la conciencia y el mundo están profundamente entrelazados (Lucien Lévy-Bruhl, *La Mentalité primitive*, Alcan, París, 1922.) En estas visiones del mundo, la conciencia no es un atributo exclusivo del sujeto pensante: impregna todo, pertenece en todas partes. El mundo entero está animado, tiene un *ánima*, un alma. En la antigua Grecia, por ejemplo, los muelles eran ninfas, los árboles fueron dríadas, los vientos y los ríos tenían sus dioses específicos, etc.

En estas culturas cada acto de la vida cotidiana, la caza, la recolección, la cocina, la construcción de una vivienda, implica entrar en relación con diversas formas de conciencia, entrar en un diálogo con el otro, un otro tan vivo y consciente como uno mismo.

Por lo tanto, por ejemplo, es esencial para el cazador de hablar con su presa: no sólo matarla, sino ganarla como alimento para nutrir a su vida y a su familia, así como un día la vida de ellos será alimento para otras formas de vida. En esta forma de ver el mundo, cada acto de la vida diaria es sagrado: cada acto participa del misterio inmenso del círculo de la vida. El sujeto humano está inmerso en un círculo de la vida, que siente como en última instancia mucho más real que su existencia individual.

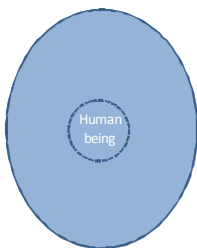


Figura 1: Anima mundi. En esta y en la siguiente imagen el gran óvalo representa el cosmos y el color azul la conciencia o la mente. En las culturas primitivas conciencia impregna todo el mundo y los límites del 'yo' son permeables (línea de puntos): no hay separación tajante entre el yo y el mundo. [1]

Descartes y la separación de mente y materia

Si bien la historia de la separación entre yo y mundo que caracteriza a la conciencia moderna es larga y compleja - es la historia de nuestra cultura - puede ser conveniente centrarse sólo en un punto de inflexión en particular, la separación cartesiana de mente y materia, que profundamente influyó en el desarrollo del pensamiento científico en los siglos siguientes.

Descartes abordó la filosofía en una perspectiva que podríamos llamar científica. Entonces la ciencia comenzaba a dar sus primeros pasos, y el contraste entre la acumulación progresiva del trabajo científico y la reelaboración eterna de los mismos problemas fundamentales de la filosofía debe haber sido ya evidente para un observador inquisitivo. Descartes se impuso la tarea de establecer la filosofía en tierra firme, de identificar una declaración fundacional que sería verdadera más allá de toda duda - y encontró la única evidencia ineludible en su propio proceso de pensamiento. Nada se puede afirmar con certeza sobre el mundo externo. Nada se puede afirmar con certeza acerca de la experiencia de otra persona. Pero el hecho existencial que en este mismo momento estoy pensando, eso es una certeza. '*Cogito ergo sum*', fue la formulación de Descartes: pienso, luego existo.

Este retiro en la dimensión interior de la mente hizo necesaria la introducción de una categoría separada para el mundo exterior que aprehendemos con nuestros sentidos. Por lo tanto, Descartes fue llevado a considerar dos 'sustancias' esencialmente diferentes: *res cogitans*, la mente, sobre la cual tenemos una evidencia inmediata y primaria, y *res extensa*, la materia, el mundo exterior, sobre el cual podemos razonar solo por inferencia basada en las entradas de nuestros sentidos. A su juicio, la *res cogitans* no se encuentra en algún lugar específico del espacio, mientras que el mundo exterior aparece tener una extensión espacial, de ahí el nombre de *res extensa*.

El paradigma científico y el reduccionismo

La separación cartesiana de mente y materia selló el distanciamiento del ser humano moderno del mundo, el aislamiento del 'yo' en su torre de marfil rodeado de inerte, insensible, ajena *res extensa*. Históricamente, la consecuencia más importante de esta división fue que devino legítimo para la investigación científica centrarse por completo en el mundo de la materia con el fin de descubrir sus leyes intrínsecas, sin el estorbo de ninguna hipótesis metafísica de naturaleza mental o espiritual.

Este esfuerzo ocupó a los científicos durante los tres siglos siguientes, y tuvo un éxito notable. Tanto éxito, de hecho, que hoy, al principio del siglo XXI la parte *res cogitans* de la ecuación cartesiana se ha hecho prescindible. La mayoría de los neurocientíficos contemporáneos, por ejemplo, asumen comúnmente que, una vez que sepamos todo lo que hay que saber sobre los circuitos neuronales del cerebro, habremos explicado por completo la mente o la conciencia. En otras palabras, todos los mecanismos causales fundamentales tienen lugar a nivel de las neuronas, las

sinapsis, etc. La conciencia no es más que un epifenómeno, un subproducto de los procesos materiales que ocurren en el cerebro.

Si el mundo es sólo materia inerte, todo el mundo está ahí para que lo saqueamos. Pero privar al mundo de un alma a la larga conduce a que los seres humanos pierdan su alma también. Entonces la vida humana pierde significado y nuestra relación con nuestros semejantes se vuelve puramente instrumental. La objetivación del mundo se traduce en la objetivación de los otros seres humanos. Si el mundo se reduce a su descripción científica en términos de cantidades medibles, las relaciones entre los seres humanos también se reducen así. El dinero, medida general de todos los intercambios materiales, se convierte en el criterio último de todos los intercambios humanos. El siervo se convierte en el maestro: nuestra propia invención se vuelve contra nosotros y nos esclaviza.

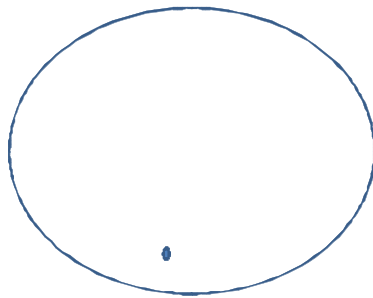


Figura 2: El mundo moderno. Los seres humanos ya no están en el centro. La conciencia sólo está presente en nosotros (si no es un mero epifenómeno!) y se produjo como resultado aleatorio de procesos puramente bioquímicos. El universo es un inmenso espacio vacío que contiene un polvo cósmico de materia inerte, carente de propósito o significado último.

La paradoja cuántica

Si degradar la conciencia de evidencia primaria a mero epifenómeno de la materia puede ser visto como una consecuencia paradójica de la visión de Descartes, el advenimiento de la física cuántica es un punto de inflexión igualmente paradójico. Porque lo que ocurrió es que buceando más y más profundamente en el corazón de la materia, explorando cada vez más finos niveles de su estructura, por fin nos vimos obligados a darnos cuenta de que ... la materia no existe! O, para decirlo con un poco más de cautela: la materia no se parece en absoluto a nuestra noción intuitiva y ingenua de ella. En el nivel micro la materia se comporta de una manera salvaje. Y, quizás lo más importante, no parece haber una separación clara entre lo que llamamos

materia y lo que llamamos mente o conciencia. Los dos están inextricablemente ligados.

La historia de esta realización es compleja y controvertida. Pero una vez más, puede ser útil centrarnos sólo en un relato paradigmático: la historia del experimento EPR es un buen ejemplo. Su origen está relacionada con los debates Bohr-Einstein en la década de 1930.

Desde el principio los experimentos de la física subatómica habían revelado el extraño comportamiento de lo que los físicos llaman ‘partículas’, constituyentes de la materia a nivel microscópico. Estos objetos microscópicos pueden estar en varios lugares a la vez, pueden estar en diferentes estados a la vez y exhiben una incertidumbre intrínseca en sus propiedades. Parecen asentarse en un estado definido o en un lugar determinado sólo cuando se observan y como consecuencia de la observación. Tal noción es contraria a nuestra intuición ordinaria y no se absorbe fácilmente – y de hecho aún no se ha filtrado en nuestra conciencia del día a día, aún no informa a nuestro pensamiento y a nuestra manera de actuar en el mundo. Algunos de los mismos creadores de la teoría cuántica tuvieron problemas para aceptarla. El crítico más vigoroso de la falta de realismo de la física cuántica fue Albert Einstein, que durante ocho años llevó en un animado debate con Niels Bohr, el principal responsable de la llamada ‘interpretación ortodoxa’ de la física cuántica.

En 1935 Einstein desarrolló lo que parecía ser un argumento decisivo para demostrar el carácter incompleto de la física cuántica. Ideó un *Gedankenexperiment*, un experimento mental, que pone de manifiesto una implicación de la física cuántica conocida como *entanglement* (‘enredo’ o ‘entrelazamiento’), un tipo especial de ‘acción a distancia’ entre sistemas cuánticos que lleva el aspecto anti-intuitivo de la teoría a sus consecuencias extremas, hacia resultados que en la época parecían manifiestamente absurdos. Este experimento imaginario, universalmente conocido como el experimento EPR, por las iniciales de Einstein y de los dos colegas, que firmaron el documento con él, causó un poco de problemas para Bohr y para los partidarios de la interpretación ortodoxa.

Los medios técnicos disponibles en 1935 no permitían convertir el experimento mental de Einstein en un experimento real, y la ‘paradoja EPR’, como se le llama a veces, se quedó latente durante cerca de treinta años. En 1964 un elegante y pequeño teorema demostrado por el físico irlandés John Bell la trajo de nuevo a la atención de la comunidad científica. La idea genial de Bell consistió en ignorar la física del experimento y centrarse en su estructura lógica. Identificó dos características esenciales de la materia así como es concebida en la física clásica en las nociones de ‘realismo’ y ‘localidad’. ‘Realismo’ significa que los resultados de las observaciones realizadas en un sistema físico se determinan sólo por las propiedades intrínsecas del propio sistema: si conocemos esas propiedades completamente, somos capaces de predecir el resultado de cualquier observación realizada en el sistema. ‘Localidad’ significa que los sistemas físicos existen en el espacio (Descartes consideraba esta característica tan importante para ser la definición misma de la materia: *res extensa*). Ocupan una porción de espacio y interactúan con otros sistemas físicos sólo a través

de acciones - los que los físicos llaman ‘señales’ – que se propagan a través del espacio. Aplicando la presunción de realismo y localidad al experimento EPR, Bell demostró que los resultados tenían que estar dentro de un intervalo de valores determinado. Tal restricción es violada por el *entanglement* cuántico: por lo tanto, el teorema de Bell proporciona una manera de comparar la física cuántica con las exigencias de una teoría local realista general de la materia. De una manera bastante sorprendente, un experimento real se comprometía a responder a una pregunta filosófica: ¿Es el mundo ‘realista y local’?

Los físicos experimentales se pusieron a trabajar duro para realizar el experimento. El experimento se llevó a cabo varias veces en la década de 1970 y por último y más convincentemente por Alain Aspect en París en 1980. Los resultados se ajustaban perfectamente a las predicciones de la teoría cuántica y violaban la restricción implícada por la presunción de localidad y realismo. Lo que había aparecido a Einstein tan absurdo como para desacreditar manifiestamente la teoría cuántica resultó ser simplemente la sorprendente naturaleza de la realidad. Ahora sabemos que la naturaleza no se puede describir en términos realistas y locales. Nuestra noción ingenua de la materia (que sin duda es local y realista) no se puede aplicar en una escala micro. Si tomamos localidad y realismo como definición de lo que entendemos por una ‘cosa’, un ‘objeto’, la implicación del experimento de Aspect es, simplemente, que el mundo no está hecho de cosas.

Huellas de la realidad

La siguiente pregunta que surge es, obviamente, entonces ¿por qué el mundo nos aparece hecho de cosas? ¿Por qué las cosas nos aparecen como dotadas de propiedades intrínsecas, localizadas en el espacio, y se comportan en todos los aspectos - excepto cuando realizamos los ingeniosos experimentos de la física cuántica - como los buenos viejos objetos de la física clásica? El problema que plantea esta pregunta se conoce técnicamente como el ‘problema de la medida cuántica’. El problema todavía no se puede considerar resuelto, y las opiniones difieren en relación con las diversas soluciones propuestas. Lo que voy a decir al respecto es, por tanto, en una medida, personal, y refleja el sesgo de mi propio trabajo. El fenómeno del *entanglement* cuántico, aunque desafía profundamente nuestra visión intuitiva del mundo, es ahora aceptado como un hecho por la comunidad de los físicos, que están tratando de construir ordenadores cuánticos basados en él. El problema de la medida es mucho más controvertido.

Mi entendimiento es que el problema se basa filosóficamente. Surge de la asunción cartesiana que el mundo se compone de dos sustancias distintas, la mente y la materia. En la realidad estas dos son inseparables, y presentan de forma conjunta en el proceso del ‘experir’. ¿Qué quiero decir por ‘experir’?

Dentro de la inseparable *entangled* totalidad del mundo hay innumerables procesos que crean correlaciones entre subsistemas. Algunas de estas correlaciones gozan de

una cierta persistencia, se registran de alguna manera, dejan un rastro. Todas nuestras percepciones son correlaciones así. El rastro se puede pensar, por ejemplo, como un estado neuronal en nuestro cerebro, correspondiente al parpadeo de una impresión o de un recuerdo. Desde el punto de vista de la física, el resultado interesante es lo siguiente: se puede demostrar que la existencia de un rastro, la persistencia de información sobre estas correlaciones, oculta la totalidad enredada del mundo y hace que nos aparezca como un mundo dotado de propiedades objetivas. [2] Y puesto que todas nuestras experiencias del mundo implican la formación de una huella, la persistencia de información sobre una correlación (la experiencia sucede en el mundo!), inevitablemente el mundo nos aparece clásico, objetivo, hecho de cosas.

Voy a llamar a una experiencia de un ‘átomo de subjetividad’. Pero lo que acabo de decir arriba equivale a decir que la formación de una huella es también un ‘átomo de objetividad’. Es decir, el sujeto observador y el objeto mundo observado surgen juntos en el acto de la experiencia. Antes de esta co-emergencia, sólo hay la totalidad *entangled* del mundo: no sujeto ni objeto. En el ‘experir’, un sujeto se presenta como ‘experiente el mundo’ y un objeto se presenta como ‘mundo experido’. Los dos surgen juntos: La mente y la materia son co-extensivas, dos caras de la misma moneda.

Por lo tanto, aunque la física cuántica nos enseña que el mundo no está hecho de cosas, el mundo experido nos aparece necesariamente como hecho de cosas. Sobre el mundo en sí, por supuesto, nada puede decirse. La física cuántica sólo es un modelo, un mapa. Pero lo que el modelo sugiere sobre el proceso de la emergencia del mundo experido es interesante. Sugiere que no podemos pensar en ese proceso mediante las mismas categorías que se aplican al ‘mundo objetivo’. De hecho, a parte la matemática, no tenemos un lenguaje para describirlo. Si queremos acercarnos a él, curiosamente, el lenguaje metafórico de la sabiduría antigua y de los místicos parece la herramienta más apropiada que tenemos.

Laozi y el Dao

El *Daodejing* de Laozi es el texto fundacional del taoísmo, que data del siglo VI a.C., según la tradición china, o del siglo IV a.C. en la opinión de los estudiosos modernos. Su primer capítulo se puede leer como una formulación lúcida de la co-emergencia de sujeto y objeto de la totalidad primordial que Laozi llama ‘el Dao’. La aparición de una multiplicidad de seres y cosas, en aparente aislamiento y objetividad, es lo que Lao Tse llama *ming*, ‘nombrar’: ‘nombrar’ es la madre de ‘las diez mil cosas’. Este proceso de ‘nombrar’ puede entenderse en muchos niveles: en un nivel inmediato se refiere a la mente discursiva, que razona y analiza y clasifica y separa el flujo indivisible de la experiencia. Pero se puede llevar un paso más allá, puede ser referido a la inevitable división sujeto / objeto implícita en la ley misma del experir: por la creación de un rastro, todo experir crea la aparición de un mundo objetivo y de un sujeto que lo contempla como distinto de sí mismo.

En cuanto al fundamento último de la realidad, el Tao, el sin nombre, está siempre presente y siempre inexpresable. Es 'sin nombre' en un sentido radical: no puede ser aprehendido en términos de sujeto y objeto, en términos de mente y materia.

Pero escuchemos lo que el propio Laozi tiene que decirnos.

El Dao que puede ser dicho que no es el eterno Tao.

Los nombres que pueden ser nombrados no son nombres eternos. [\[3\]](#)

En un nivel estos dos primeros versos dicen: todo discurso es contingente, todas las representaciones sólo son condicionalmente válidas, todas las normas prescriptivas son relativas. Lo que podemos decir acerca de la realidad sólo es un mapa, y un mapa no es el territorio. 'El territorio', la realidad, es para siempre fuera del alcance de cualquier mapa, es siempre más allá de lo decible. El Dao llamado Dao no es Dao. Ningun nombre que podemos nombrar es un nombre eterno. 'Nombre' aquí significa cualquier representación, abarca toda la dimensión de nuestro esfuerzo para describir la realidad. Laozi dice: nombres, representaciones, están relativos, contingentes, tienen significado en el contexto de un determinado universo de pensamiento, son eficaces para alcanzar ciertos objetivos, son objetivo-dependientes.

En un nivel más profundo se pueden referir estos dos versos al proceso del 'experir' en sí, a la 'ley general de la experiencia' como sujetos integrados en el mundo. Tan pronto como hay una experiencia, surgen un sujeto y un objeto. Tan pronto como la conciencia distingue entre el yo y el no yo, entre el yo y el otro, entre el yo y el mundo, los nombres ya están, es decir, nacen 'las cosas'. El universo es un universo de cosas, de objetos, porque es un universo 'nombrado'. Las cosas no pre-existen a la conciencia: emergen en el acto del 'nombrar'. Nuestro moderno mito de los orígenes ve a las cosas como primordiales y a la conciencia como una adición posterior, quizás accidental. Va algo como esto: en primer lugar está el Big Bang, la evolución de la materia. A continuación, los elementos pesados se forman; a continuación, en algunas circunstancias especiales aparecen moléculas orgánicas; y de nuevo en circunstancias especiales surge la vida; y en algún momento de la evolución de la vida, tal vez en relación con un sistema nervioso desarrollado suficientemente, ese algo que llamamos conciencia despierta. Esa es la versión estándar contemporánea de nuestra historia. La conciencia es un huésped que tarde entra accidentalmente en la fiesta. Las culturas antiguas, por el contrario, veían todo el universo como animado, encontraban conciencia en todo. Desde este otro punto de vista, la materia y la conciencia no son realmente dos sustancias separadas: son dos aspectos de la misma realidad.

***Sin nombre, es el comienzo del cielo y de la tierra,
con nombre, es la madre de las miríadas de seres.***

El mundo objetivo y la conciencia co-emergen en el acto del experir. En el sentido más básico, los 'nombres' indican el proceso a través del cual la totalidad innombrable y inseparable de lo que es, el *unus mundus*, se desdobra en sujeto y

objeto, se hace consciente de sí misma mediante la división en mente y materia, conciencia y mundo. En las *Upanishad* este proceso se describe como el acto por el cual Brahma, el creador, aburrido con su perfección eterna, unidad y soledad, decide de dividirse en los innumerables seres, convertirse en vaca y toro para jugar a las escondidas con él/ella misma - y así crea el mundo.

Por supuesto, el proceso de co-emergencia de sujeto y objeto no debe ser entendida como un acto de creación que ocurre en un determinado momento en el tiempo, de modo que a partir de entonces en realidad hay dos cosas separadas, la materia y la mente. Más bien, debe ser concebido como un acto que está presente en cada 'átomo de experiencia'. En este proceso nada se crea como 'cosa en sí'. Los dos polos, la mente y la materia, siguen siendo inseparables: el mundo sólo existe como mundo experimentado por la conciencia, y la conciencia sólo existe como conciencia experimentando el mundo.

Por lo tanto, en última instancia la realidad no consiste en cosas, en seres singulares individualmente existentes. Sin embargo, vivimos en un mundo de cosas y de seres individuales: vivimos en un mundo 'nombrado'. No puede ser de otra manera, porque tan pronto como la conciencia se da como sujeto, un mundo, un 'otro' se da como su objeto. El 'sin nombre' es lo indiferenciado, la unidad primordial, el *unus mundus*, el Dao. 'Nombrar' es el acto por el cual de lo indiferenciado surgen sujeto y el objeto, conciencia y mundo - y de allí se desarrollan 'las miríadas de seres'. El acto de 'nombrar' es 'la madre'. En su útero se inicia nuestro viaje de seres que nos experimentamos a nosotros mismos como independientemente existentes - y a ese útero regresa nuestro viaje.

Este es el significado de la afirmación de que 'en el principio está el Verbo', y por esta razón en las religiones africanas la palabra se concibe como poder creativo. Más allá del universo de los nombres solo hay el Dao sin nombre, la existencia 'más allá del poder de definición de las palabras'.

***Por lo tanto siempre sin deseo contemplamos su misterio,
siempre con deseo contemplamos sus límites.***

Tan pronto como surgen las miríadas de seres, tan pronto como existimos como individuos y nos identificamos con un cuerpo, surgen la atracción y la repulsión. Ya es así para una ameba: busca alimentos y se aleja de estímulos tóxicos. No estaríamos aquí si una larga cadena de procesos evolutivos no había elegido la misma actitud en nosotros. El deseo (en sentido positivo y negativo, atracción y repulsión) es la ley de la existencia individual.

Buda enmarcó el problema del deseo de la manera más concisa y elegante. Desire sigue la identificación con un yo como una sombra. Nos sentimos atraídos hacia lo que percibimos como la expansión del yo, la supervivencia, el placer; y sentimos repulsión hacia lo que percibimos como contracción del yo, muerte, dolor. Pero el yo no es intrínsecamente existente: es una ilusión, un espejismo, y esta ilusión es

impermanente. Por lo tanto, en última instancia, todo deseo es destinado a la frustración: envejecemos, nos marchitamos y morimos. El deseo es la causa del sufrimiento.

La noción budista de *anatta*, la no existencia de un yo, se ajusta muy bien a la imagen del mundo de la física contemporánea, que describe toda la materia/energía en términos de campos infinitamente extendidos. Las partículas individuales no existen realmente como objetos localizados, sino que son simplemente manifestaciones localizadas de los campos. Por ejemplo, un electrón situado aquí en la tierra y otro electrón situado en una galaxia lejana, no son dos objetos distintos: son manifestaciones inseparables de un mismo campo que abarca todo el universo. En esta perspectiva nuestro propio cuerpo también no posee una intrínseca realidad separada: es más bien algo como un 'patrón de interferencia' en continua evolución, formado por la superposición de campos que se extienden por todo el universo.

Un símil aquí podría ayudarnos: nuestro cuerpo puede ser comparado con una ola que surge en la superficie del océano. Una ola no consiste en una masa separada de agua que viaja. Simplemente es un patrón emergente en el movimiento del agua, un patrón que se propaga más o menos estable durante un rato, luego se disuelve en otros patrones emergentes. La realidad última de la ola, podríamos decir, sólo es el océano. Por lo tanto, si nos imaginamos la ola como un yo condicionado a buscar su propia supervivencia como entidad separada, su deseo está inevitablemente condenado a la frustración. Esta es nuestra situación seres humanos, como seres conscientes de sí mismos: no existimos, pero estamos apegados a nuestra existencia. La muerte es la última frustración del deseo.

Por tanto, la primera de las Cuatro Nobles Verdades del Buda es la simple afirmación: la existencia (*ex sistere*, estar fuera, ser una entidad individual separada de la totalidad) es sufrimiento. Esto es el punto de partida del camino del Buda, el camino hacia la transcendencia del sufrimiento. El camino del Buda no es esencialmente diferente de lo de Laozi, o de los caminos indicados por todas las tradiciones espirituales orientales. Toma conciencia de la naturaleza ilusoria del yo: 'tú' no existes. Date cuenta que no eres la ola, sino el mar. Cuando esta realización se convierte en tu experiencia de vida, la identificación con el deseo cesa. Tu eres entonces libre: has ido más allá del sufrimiento.

Hay, pues, dos formas de ser en el mundo. Libre del deseo, no identificado con un yo, contemplas el misterio de esta maravillosa, incomprensible, vasta existencia. Inmerso en el deseo, identificado con un yo vives toda la gama de las pasiones humanas: el amor, el odio, la alegría, la tristeza, el placer, el dolor... Atraviesas todas las etapas del viaje arco iris a través de la forma: lo que los budistas llaman *samsara*, la rueda de la existencia condicionada.

***Estos dos surgen juntos, pero tienen diferentes nombres.
Juntos los llamamos oscuro, el más oscuro de lo oscuro,
la puerta de todos los misterios.***

El camino de Lao Zi, al igual que lo del budismo Mahayana, la tradición del ‘gran vehículo’, no es una forma de ascetismo y renuncia. La idea no es dejar el mundo con el fin de buscar un místico ‘otro mundo’ (¿dónde más podrías ir?). El misterio y su manifestación, el ilimitado y los límites son dos caras de una misma realidad. *Nirvana* (liberación, la extinción de la identificación con un yo separado) y *samsara* son uno. El océano y las olas son la misma agua.

Por lo tanto Laozi no dice: renuncia a identificarte con la ola y identificate con el océano, que es tu verdadera naturaleza. Su invitación es más sutil: él dice ‘estos dos surgen juntos, pero tienen diferentes nombres’. Nos pide de mantener nuestra conciencia en dos lugares a la vez. No hay un yo, sin embargo tu existes como un yo. La ola es sólo océano, pero sigue bailando su danza como una onda. Laozi dice: vive en el mundo de la realidad manifiesta, el mundo de las cosas, el mundo del deseo; hace experiencia no sólo del misterio de lo ilimitado, sino también los infinitos detalles encantadores y terroríficos de los límites. Está con la forma, está con el deseo, pero sigue siendo consciente de lo sin forma, sigue siendo consciente de lo que está más allá del deseo. Está en el mundo pero no sea del mundo.

[1] Las imágenes son inspiradas por dibujos realizados por Richard Tarnas en una conferencia pronunciada en Eranos en 2008.

[2] A. Shantena Sabbadini, *Persistence of Information in the Quantum Measurement Problem*, Physics Essays, marzo de 2006, vol. 19, N° 1, pp 135-150.

[3] Augusto Shantena Sabbadini, *Tao Te Ching: a guide to the interpretation of the foundational book of Taoism*,

<http://www.lulu.com/shop/search.ep?type=&keyWords=Shantena&x=9&y=5&sitesearch=lulu.com&q=>